

RAZON, VIDA Y DESTINO

DE LA U. P. B.

Discurso pronunciado en el Banquete a los Fundadores y ex-alumnos; por el Dr. Fernando Gómez Martínez.

Cuando el quince de septiembre de 1936 se creaba canónicamente la Universidad Católica Bolivariana y cuando, simultáneamente, nos reuníamos profesores y estudiantes en un local inadecuado del Barrio de Guayaquil, ciertamente que creíamos estar haciendo obra perdurable, pero nunca pensamos en tan rápida y milagrosa floración de éxitos.

Nada auguraba a los hombres de menguada fe o a quienes miraban con recelo la fundación, que tales atolondrados arrestos pudieran dar algún resultado: Ni el pequeño grupo de estudiantes con que empezábamos, ni el recinto donde nos albergábamos, ni la carencia absoluta de fondos, que hacía que los profesores tuvieran que prestar gratuitamente sus servicios. Esos muchachos iban a la aventura, casi a la frustración. Se les alarmaba con que los estudios que aquí se hicieran no serían reconocidos oficialmente y a los padres se les hacía ver que estaban realizando inútiles sacrificios en ellos.

Pero nos alentaba una fe viva. También la Iglesia de Cristo empezó con pocos. También principiaba en humildes tierras de Palestina sujetas al dominio de Roma. También carecía de recursos materiales y hasta predicaba la pobreza. Pero a los fundadores de aquélla y a los fundadores de ésta los inspiraba el sople de Dios.

No había pasado mucho tiempo, y ya el gran poeta de Popayán podía decir que la Universidad Bolivariana había nacido gigante. Tal era el número de sus realizaciones y sus éxitos y a tanto subía la admiración pública.

Accidentada apareció, en contraste, desde el principio, la vida de la Universidad, al pagar la inevitable contribución.

que paga todo lo humano. Iba a rendir a la tierra su tributo y a ver desaparecer las primeras figuras de la gesta creadora.

Muere en efecto Juan Evangelista Martínez, uno de los fundadores, primer decano de la primera facultad, jurisculto de diáfana concepción, magistrado de integérrima conciencia, maestro de bondadoso corazón. La Universidad lo lamentó como una pérdida irreparable.

Pero con ser tan cuantiosa, nos esperaba otra mayor. Y fue que cuando más se aguardaba de las poderosas energías, dinamismo y capacidades del rector y de su contagioso optimismo, fallece Monseñor Sierra. Tremendo impacto de orfandad y desamparo sobre el novel instituto. Manuel José Sierra había sido el primer motor de aquella empresa y ahora desaparecía.

Permitidme que evoque su silueta y que haga de él una breve semblanza. Mediano el porte, severo el rostro y moreno, penetrante la mirada pesquisidora, fino el ademán y ágiles los movimientos. Con verlo y tratarlo un momento se imponía su formidable personalidad. De su físico dimanaba energía. Había sido creado para la lucha y no la rehúsaba, para el mando y lo sabía ejercer. Era claro en sus pensamientos, noble en sus empeños, firme en sus decisiones. Mas a pesar de su ceño adusto poseía un corazón benévolo y era cariñoso con los estudiantes. Si imponía respeto, sabía hacerse amar.

Compréndase el golpe que representó para todo el personal de la Universidad, profesores y alumnos, aquella muerte que parecía prematura, aunque no existen de ellas para el emperador filósofo, pero que caía como una catástrofe sobre la Bolivariana. Nunca las notas de una despedida de cornetas sonaron en mis oídos más lúgubres que entonces, en aquel sepelio que superó en concurrencia y emoción a todos los que había presenciado la ciudad.

Siguió a Monseñor Sierra, con un año de diferencia, el arzobispo fundador, uno de los prelados que han dejado surco más hondo y obra más sustantiva en el campo de la educación antioqueña. Esta universidad y la Normal de Señoritas perpetúan el nombre de Tiberio de J. Salazar y Herrera.

Qué es esto, nos preguntábamos los bolivarianos, que gravita como tenaz infortunio sobre la querida empresa, como si Dios, bajo cuyo amparo la habíamos colocado, quisiera disuadirnos? Estábamos edificando acaso nueva Torre de Babel y éramos castigados no con trabazón de lenguas sino con duelo y estupor?

Nos equivocábamos. "...Si el grano de trigo arrojado en la tierra no muere —había dicho el Señor hablando de su propio sacrificio— se queda solo; más si muere, produce fruto abundante". Aquellas muertes eran nueva siembra. Había quien iba a recibir la bandera. Aquí están con nosotros. Y Dios seguía arriba. A poco lo vimos y comprendimos y ahora lo vemos mejor. Habían caído los tres más poderosos soportes de la Universidad Católica, y ella continuaba su marcha ascensional. Así la poderosa nave aérea hundió las ruedas en que se apoya, cuando ya ha tomado impulso y ha empezado a volar.

Y por qué no un memento al primer estudiante muerto, que fue también el primer bolivariano muerto aquel gallardo Baltasar Uribe Isaza, a quien yo declararé estudiante fundador de la Universidad triunfante, autor del inspirado y vigoroso himno? Si los otros eran los cimientos, los recios muros, las poderosas columnas, Baltasar era el vitral; si los otros eran la doctrina, él era el canto.

Se fundó la Universidad Católica Bolivariana —tal era su primer nombre— bajo el amparo de la Eterna Sabiduría y bajo la égida del Libertador. El ser católica le señalaba la inspiración doctrinaria; el ser bolivariana le daba el contenido colombianista y panamericanista.

Por católica, debía inspirarse en la filosofía cristiana, la de Agustín, la tomista, la de Vitoria y Suárez, lo que la arraigaba al humanismo y a la juridicidad. Debía reconocer en el compuesto humano su noble origen y enrutarlo hacia su último fin. Podría investigar todas las vivencias y los fenómenos modernos; analizar las más atrevidas doctrinas sobre el hombre, el cosmos, la sociedad, el estado; alentar los más avanzados propósitos de redención social y de perfeccionamiento humano. Había de estar, eso sí, ligada siempre a la jerarquía, bajo el anillo del Pescador.

Por bolivariana, sería expresión del más puro patriotismo y debía rendir culto a la libertad, habría de servir a Colombia, sostener la democracia, defender el derecho, cuidar el orden, imponer la justicia y trabajar por el pueblo.

Ser bolivariano supone alcanzar un nivel humano superior. No le basta al bolivariano dominar todas las materias propias de una profesión sino ha de ejercerla bajo los postulados de la más estricta moral. Debe inspirarse en la noción de un honor infrangible. Hacer de la verdad un culto, de la justicia una obsesión y penetrarse de que estar en sociedad impone servirla con total consagración y lejos de todo egoísmo.

mo. El bolivariano ha de encarnar al verdadero caballero cristiano, con mucho de cruzado y mucho de Quijote, esto es, con mucho de Bolívar.

Y si es llamado a los puestos públicos, penetrarse de que es para servir y no para servirse. Presida el desinterés sus actos, el respeto por los asociados sus relaciones, el decoro su vida, el deseo de acertar sus lucubraciones, la prudencia su acción en los conflictos, la fortaleza su brazo si es preciso reprimir, y la caridad el conjunto todo de sus acciones.

Nunca indeciso ni escéptico, suave sí pero no blando. Afirmativo también y decidido y firme cuando después de estudiar ha llegado a una conclusión.

La Universidad Católica no iba a ser, como lo temía un eminente colombiano, una escuelita más de derecho. Iba a responder a su nombre cabalmente, porque iba a enraizar no sólo en lo que la Universidad tiene de contenido académico y científico, sino en la vida misma del pueblo antioqueño como conglomerado étnico, económico y social. Tenía que mirar como suyos los problemas del pueblo y contribuir a resolverlos aplicando técnicas modernas.

Su orientación quedó fijada y definida desde el principio, con la fundación de nuevas facultades, además de la del derecho, que apuntaban a estos objetivos. Nacieron la facultad de ingeniería química, la de arquitectura, las de ingeniería eléctrica y mecánica, el Instituto de Ciencias Sociales, la Facultad de Servicio Social, que iba a atender a una urgencia que se contemplaba en Antioquia en razón de su desarrollo industrial, y el Círculo Nocturno y el Instituto Pío XII, al servicio de la clase obrera y pobre.

No pueden los pueblos modernos desentenderse de los adelantos técnicos ni de los problemas sociales, porque la técnica preside ahora el progreso de los pueblos y los problemas sociales los abruma con sus conflictos. Pero la técnica no puede mirar exclusivamente al aspecto agresivo e imperialista, sino al logro del bienestar de los asociados y a un más alto y confortable nivel de vida, y los conflictos sociales se afrontan o se evitan de acuerdo con las enseñanzas que emanan del Evangelio, que no siembran odio como arma de combate sino amor.

Cuanto le haya servido a Antioquia y a Colombia la fundación de las facultades técnicas mencionadas, lo dirán los centenares de egresados de la Universidad que ahora ocupan puestos de comando, gerencias, asesorías, consultorías y direcciones en diferentes empresas públicas y priva-

das, así como las visitadoras sociales que sirven a la administración pública y a las fábricas.

Económicamente, la formación de técnicos hale ahorrado al país lo que antes pagaba con la traída de profesores y trabajadores extranjeros en muchos aspectos de la actividad industrial.

// Y por lo que hace a Medellín, a la Universidad se debe el prodigioso desarrollo urbanístico de los últimos lustros, y el que hubiera acometido a tiempo el estudio de su planeación urbana. La instalación de la Universidad en los terrenos de La América fue como un descubrimiento y tuvo el sentido de una conquista de pioneros. A Medellín lo comprimía como una muralla china su propio río. La ciudad llegaba hasta sus orillas y allí se detenía como frente a un obstáculo insalvable. Estaba condenada a deformarse en su estrechez. Pero instalada la Universidad en la América, aquello fue un desbordamiento: surgieron nuevos barrios, se abrieron nuevas avenidas, se construyeron puentes, vinieron la desecación y las canalizaciones, lo que tenía precio vil se valorizó y ante la vista de ese desarrollo fue preciso pensar en darle plan al conjunto adelantándose al futuro. El paso de vencedores en ese Rubicón que era para la ciudad el río Medellín fue grito de la Universidad Bolivariana. //

Tributemos admiración a la visión porvenirista del primer rector y del actual, de las juntas directivas que lo han acompañado y de las juntas económicas que llevaron hacia cabal cumplimiento todos estos planes de progreso.

A estos adelantos y éxitos y a su recta orientación espiritual se debe su categoría de Universidad Pontificia, noble título con que la distinguió Su Santidad Pío XII a los nueve años de fundada, como reconocimiento a su importante labor.

Lo que es hoy la Universidad Pontificia Bolivariana, se puede expresar en pocas palabras y en números: diez facultades, un instituto, tres secciones, el Círculo de Obreros, varias bibliotecas con un acervo de cincuenta mil volúmenes, templo, unidad deportiva, emisora cultural, imprenta con sección de publicaciones, varias revistas, museo y cuatro mil alumnos.

La Universidad Pontificia Bolivariana ha creado una mística y un estilo. La mística de llamarse bolivariano, de haber pasado por las aulas bolivarianas, de haber sentido la suave pero irresistible disciplina bolivariana, impuesta por una autoridad que sabe ser autoridad, estilo de pulcritud personal y profesional y de cívico desinterés, que adorna

a los que de la Universidad han salido. Son las virtudes que surgen naturalmente de su catolicidad y su universalidad así como de la inspiración que da la vida del último de los héroes, el que con el correr de los tiempos los va superando a todos.

Ahora nos hemos congregado para celebrar las bodas de plata, y la casa solariega se alegra viendo llegar a los hijos. Vienen de todos los ángulos del país, no ciertamente como pródigos, sino alegres, porque se han dispersado para acrecentar la estirpe y hacerle honor. El tiempo ha corrido y muchos de los que con nosotros fueron fundadores han desaparecido de nuestra vista. Eternamente ausentes, ahora los sentimos presentes participando de nuestra alegría en la comunión de los santos. Otros veinticinco años, y muchos de los que aquí conmemoramos esta efemérides nos hemos ido también. Pero la Universidad seguirá siendo joven. Siempre tendrá, como lo proclama el himno, "capitanes de nuevas conquistas". Su ruina no podría venir sino en el supuesto nefando y luctuoso de que ideologías comunistas, con inspiración de odio, llegasen a imperar en nuestra patria. Eso sería cuando y porque hubiera desaparecido el espíritu que la anima. Pero vive Dios no será así. Estaréis vosotros para oponeros. Estarán vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos, y seguirá brillando el espíritu bolivariano, iluminado por la luz que procede de quien se proclamó "el Camino, la Verdad y la Vida".